

MAR VAQUERIZO

LADY SHADOW



Creadores de Sueños

LADY SHADOW

Mar Vaquerizo

© 2014 Mar Vaquerizo

© 2014 Para esta edición Editorial Creadores de Sueños

Registro de la propiedad intelectual: M-000225/2014

Matriz de inscripción en el registro de la Propiedad Intelectual con n° de asiento registral: 16/2014/1191

Diseño portada y maquetación: Jesús Martínez Ruano

Fotografía portada: Fotolia

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema informático, o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

DEDICATORIA

Para Dani y Luís. Siempre mis protagonistas favoritos y sobre todo la mayor historia de amor que jamás podré contar... Os quiero.

PRÓLOGO

Nombre: Nerea García edad: 32

Profesión: ...

Qué más le da si ya tiene todo en esa fichita tan mona? esta era la conversación que Nerea tenía que soportar cada vez que acababa detenida. Siempre las mismas preguntas, siempre las mismas respuestas.

Mientras atravesaba el pasillo de salida de la comisaría de la calle Leganitos, en pleno centro de Madrid, pensaba que de nuevo no tenían nada contra ella.

Salió al exterior en busca de un taxi, totalmente libre y sin cargos como tantas otras veces. Miró a ambos lados de la calle mientras se abrochaba la cazadora de cuero negro y sacaba su larga melena oscura del interior, dejándola caer sobre la espalda delante de los policías que vigilaban la puerta.

Uno de ellos se la quedó mirando embobado como se colocaba el pelo. ella le devolvió la mirada con los ojos más azules que aquel tipo hubiese visto en su vida, haciendo que abriera la boca sin creerse lo que veía.

–Ponte un babero –le sugirió con sonrisa coqueta antes de continuar buscando su transporte.

Viendo que no había mucho movimiento en aquella zona un martes a las dos de la mañana, metió las manos en los bolsillos y digirió sus botas militares hasta las rodillas por encima del ajustado pantalón vaquero, hacia la Gran Vía.

¡Hombres! Daba igual que fuera poli, todos caían en sus redes... podría desplumarles en un minuto y no se darían cuenta.

Caminó los pocos metros que separaban la comisaría de la avenida sin preocuparse demasiado por la detención.

No tenían nada y nunca lo tendrían. No había de qué preocuparse.

Levantó la mano nada más encaminar la avenida ante la inminente llegada de un taxi libre. Estaba agotada... necesitaba llegar a casa y descansar.

CAPÍTULO 1

Tenía ojeras, seguía cansada y las muñecas un poco doloridas por las esposas del día anterior.

Dejó la imagen del espejo por imposible, dirigiéndose a la cocina de diseño con electrodomésticos integrados de su amplio ático en el centro. Un café bien cargado, aunque fueran las doce de la mañana, era la mejor opción en ese momento.

Arrastró los pies descalzos por el suelo de madera oscura hasta el portátil que descansaba sobre la mesa de cristal del salón. Tenía que seguir estudiando.

El café la espabiló en cuanto dio el primer sorbo, dejando que le quemara ligeramente la garganta a su paso. “Delicioso”, pensó con una sonrisa que hubiese parado el tráfico en la Castellana.

La luz entraba por las grandes cristaleras que rodeaban medio salón, justo lo que más le gustaba en el mundo. Su casa, con sus ventanales, el sol y rodeada de las cosas que tanto sacrificio y riesgo le había costado conseguir.

Echó un vistazo a su alrededor.

–Perfecto.

Susurró fijándose bien en el sofá rojo de cinco plazas frente a la televisión de plasma de cincuenta pulgadas y la chimenea de gas suspendida en el aire en la esquina de la derecha, donde si situaba un pequeño sillón. En la zona del comedor, la mesa presidía el espacio, rodeada de las sillas del mismo tono sangre que el sofá. Por último observó las paredes blancas e impolutas que casi hacían daño a la vista por la claridad que inundaba la habitación.

Decidió centrarse en el trabajo. Sería pan comido, entrar, sacar el dinero y salir. Tenía todos los datos necesarios para desplumar a aquel ricachón que se fiaba de todo el mundo o eso parecía.

–Un par más como este y lo dejo –le contó a la pantalla del portátil que resplandecía en sus ojos azul cielo.

Cincuenta millones de euros era la cifra a la que quería llegar, antes de decir *bye, bye* y dedicarse a la vida legal. Si lo sumaba a los trescientos millones que ya tenía en su cuenta, le daban para vivir una plena y larga vida.

Esbozó una sonrisa por ese pensamiento y sin más se sumergió en la pantalla, abducida por los datos.

No tenía que haberse arriesgado tanto acudiendo al banco el día anterior, prácticamente lo tenía, pero si algo iba mal en la red de la empresa, tendría que ir a la sucursal antes de que fuera imposible sacar el dinero y para tenerlo todo atado, necesitaba confirmar un par de cosas.

No era habitual que robase en España, normalmente lo hacía en el extranjero. Pasaba el dinero directamente a su cuenta en Islas Caimán y no dejaba rastro del desfalco. Era una gran hacker, por eso había abandonado los robos de guante blanco como los llamaban antes, para sobrevivir. Ahora eran “robos al por mayor” como ella los catalogaba.

Este era especial. El cabrón utilizaba el dinero para acostarse con niñas de un máximo de dieciséis años y deseaba dejarle sin un puñetero euro. “*Haber aprendido modales, hijo de puta*”, pensó mirando la foto del susodicho en la pantalla.

Era ladrona, sí, pero no una cualquiera que solo quería dinero para vivir rodeada de lujos, eso era demasiado fácil, había muchas personas a las que robar porque sí. Ella se dedicaba a robar a otro tipo, a uno que utilizaba mal el dinero como aquel personaje que le revolvió el estómago. También a traficantes de armas, personas que jugaban con

la salud de los demás lucrándose con medicamentos que no servían para nada y cosas así.

Pero aquello no era un trabajo fácil, costaba mucho encontrar a esas personas, lo tenían todo tan escondido que muchas veces parecía que no existían en realidad.

Llevaba un año intentando hacerse con las cuentas de Gustavo Almeida Herreros, empresario, multimillonario, cuarentón y gilipollas, aparte de hijo de puta, cabrón y pederasta.

–Qué asco me das –susurró a la foto sintiendo un escalofrío en la espalda.

El timbre de la puerta sonó.

No esperaba ninguna visita. No tenía amigos, ni socios.

Trabajaba en solitario y estaba completamente sola desde los dieciocho años. Gajes del oficio. Para el resto de negocios, nadie sabía dónde vivía, solo su móvil y su presencia si era necesario.

Miró a su alrededor buscando algo que, quien estuviese al otro lado de la puerta, no debiera ver.

Cogió la pistola que tenía encima de la mesa y la escondió dentro de un jarrón negro y enorme que había junto a la librería. No era la primera vez que la dejaba allí, era un buen escondite. Tenía otra oculta en la entrada, dentro de un falso cuadro de luces que se abría solo con colocar su huella sobre el metal.

Cerró los documentos del portátil antes de bajar la pantalla.

Se acercó al video portero para observar. Al otro lado de la puerta había dos hombres altos y corpulentos, con cazadoras de cuero. Uno la llevaba negra y el otro gris. Uno tenía el pelo rubio oscuro y el otro negro como el azabache.

Miró de nuevo la pantalla del sistema de seguridad arrugando el ceño.

Apretó un botón y habló.

– ¿Sí?

–Señorita García, somos policías –dijo el rubio mostrando la placa a la cámara–. Queremos hacerle unas preguntas.

Resopló torciendo la cara en dirección a la puerta. ¿Qué narices querrían otra vez? Pensaba mientras se calzaba unas deportivas negras y fucsias que había en la entrada.

Abrió la puerta de un tirón, para enfrentarse a ellos con su calma natural en estos casos y terminar con aquello lo antes posible. Quería acabar lo que había empezado a hacer antes de la visita.

Los dos hombres la miraron unos segundos sin pestañear. Ella les dio tiempo para que asimilaran lo que veían.

Una chica de uno setenta, delgada, tonificada, pelo negro recogido en un moño mal hecho, ojos azules, labios carnosos con el inferior sutilmente más grueso que el superior, vestida con unos pantalones pirata negros, una camiseta lila de manga larga de algodón con cuello de pico que dejaba ver su canalillo y unas deportivas muy femeninas. Parecía recién salida de un anuncio de adidas.

– ¿En qué puedo ayudarles? –decidió hablar porque aquellos dos no parecían tener prisa.

El rubio carraspeó para aclararse la voz, mientras el moreno clavó sus ojos verdes en el rostro de Nerea con mucha dureza.

–Queremos hacerle unas preguntas –contestó este último como si la magia que ella sabía que tenía sobre los hombres no le afectara.

–Pasen, por favor –les dejó entrar entornando más la puerta, alzando la mano en dirección al salón.

El rubio parecía deseoso de ver toda la casa como si fuese un museo, pero el moreno tiró de él para esperar que Nerea iniciara la marcha.

La siguieron hasta el gran sofá rojo donde indicó que se sentaran, quedando ella de pie.

– ¿Quieren un café, un refresco o una cerveza?

No quería que se quedasen más de la cuenta, pero ser amable era parte de su naturaleza. a veces pensaba que tenía algún trastorno de personalidad, pero no era cierto, simplemente existían dos Nereas, la de verdad y la que hacía los desfalcos a todos esos indeseables. Una era la buena y la otra...

–No se moleste –contestó el moreno.

–Un café estaría bien –indicó el rubio a la vez.

Se miraron contrariados, como si ya hubiesen hablado de lo que tenían que hacer antes y uno de ellos se estuviese saltando las reglas.

Nerea les observó divertida enarcando una ceja, descifrando la conversación no verbal que mantenían aquellos dos mientras sacaba conclusiones de ambos. Desde allí tenía un buen plano.

El rubio era guapo, con los ojos marrones muy claros, el pelo corto pero como si necesitase un buen corte y los músculos se le formaban por debajo de la cazadora gris.

“Interesante. Que lastima que seas poli”, pensó Nerea calculando que tendría más o menos su misma edad aunque podría pasar por tres o cuatro años más joven. Tenía ese aspecto juvenil que hace que tardes más en envejecer.

Pasó al otro hombre, el que la miraba diciendo *“eres culpable y lo descubriré”*. De mayor altura que su compañero, uno noventa como poco, hombros más anchos, cintura estrecha y musculoso sin llegar al exceso. Llevaba barba de uno o dos días, el pelo negro se le rizaba en la parte superior donde lo tenía más largo, pero por el cuello y la nuca lo llevaba perfectamente cortado y arreglado.

De perfil como estaba en ese momento podría ser el nuevo modelo de Armani para su colección 2015. No pasa-

ba desapercibido ni aun pareciendo un pordiosero. Su piel era tostada y eso le hacía más atractivo.

Se giró para mirarla y continuar la conversación.

Ella prestó atención a esos ojos verdes que brillaban como la piedra recién pulida.

–Señorita García, solo tenemos unos minutos y nos gustaría hacerle unas preguntas –interrumpió sus pensamientos el rubio.

–Puedo prepararle ese café mientras hablamos –sugirió cambiando la mirada al otro hombre aunque no sabía bien porqué le costaba tanto–. Síganme por favor.

Sin dejarles tiempo a replicar se encaminó a la cocina, haciendo que la siguieran de nuevo.

La cafetera estaba aún encendida. Sacó una taza pequeña de uno de sus muebles de diseño, la colocó en la máquina Nespresso y le ofreció a Fernando el muestrario de cápsulas para que eligiera.

Aquel tipo enarcó las cejas y sin tener mucha idea eligió una muy bonita de color rosa.

Nerea la colocó en su lugar y pulsó el botón.

–Somos los inspectores Fernando Salgado y Rubén Márquez –se decidió a comenzar con las presentaciones este último con aspecto de estar harto de aquello.

–Encantada –contestó Nerea estrechándoles la mano.

La del inspector Salgado era fuerte, pero la de Márquez era tremenda. Grande y fuerte, con un contraste de color sutil sobre la piel broceada de ella.

Se giró para sacar el café de la máquina, dándoselo a Salgado.

Miró a Márquez, cogió el muestrario y se lo ofreció obviando su negativa anterior. Eligió sin dudar un café arpeggio que era también su favorito, uno de los más fuertes y con una espuma tostada deliciosa.

Colocó la cápsula en la máquina, dejó la taza en su sitio y sacó el azucarero cuadrado de cristal y acero sobre la mesa junto a dos cucharillas.

Después de servir a los dos policías, ella se preparó otro arpeggio; el segundo de la mañana.

Salgado les miró envidiando sus cafés, tenían mejor pinta y desde luego parecían sacados de una revista. Nerea le sonrió cortésmente y les invitó a regresar al salón.

A Márquez se le veía incómodo, como si no quisiera estar allí más de la cuenta y el tiempo se estuviera acabando. Más o menos lo que ella sentía porque tenía que terminar el trabajo para poder pasar a otra cosa y acabar con aquello de una santa vez.

– ¿Y bien? –preguntó Nerea sentándose en la chaise longue mientras ellos se acomodaban al otro lado.

–Sabemos que ayer estuvo detenida en la comisaría de Leganitos y la soltaron sin cargos –comenzó Márquez no muy amigable.

–Así es. Hasta las dos de la mañana –confirmó Nerea antes de dar un sorbo a su café.

–Queremos hacerle las preguntas que no le hicieron ayer. Nerea enarcó una ceja sorprendida. Hicieron las preguntas de siempre, los polis de siempre. ¿A qué se referían? Mantuvo la compostura intentando saborear su café, pero algo se lo impedía.

– ¿Y qué preguntas son esas?

– ¿Qué sabe y qué tiene que ver con Gustavo Almeida Herreros? –soltó el moreno peligroso a bocajarro. Estaba acostumbrada a guardar una apariencia ante todo el mundo. No se alteraba por nada. era la mujer más tranquila a ojos de los demás, podría pasar la prueba del polígrafo sin pestañear, pero aquel hombre y sus preguntas le ponían nerviosa.

–Solo he visto al señor Almeida Herreros una vez en mi vida. Hace un mes en una fiesta en Málaga. No le he vuelto a ver y no hablé mucho con él. Era verdad, solo le había visto esa vez en persona y solo habló lo justo para presentarse, camelarle y robarle su Smartphone para obtener la información que necesitaba.

– ¿Está segura? –insistió Márquez en tono amenazador.

–Segura –corroboró manteniendo la mirada.

–Señorita García –intervino Salgado–, ¿sabe a qué se dedica Almeida?

Claro que sí, ¿cómo no iba a saberlo? Un pederasta que ganaba mucho dinero en concesiones de terrenos entre otras cosas y luego se lo gastaba en comprar niñas inocentes en el extranjero para jugar con ellas. Lo sabía de sobra.

–Tengo entendido que es empresario –contestó ocultando sus verdaderos pensamientos.

– ¿Solo eso?

–Que yo sepa sí... o al menos así me le presentaron en la fiesta.

–Mire, señorita García –interrumpió Márquez–, sé que le conoce mucho mejor. Tenemos fotos de esa fiesta y se les veía muy... como decirlo –le costaba explicar la escena–, cercanos.

–Coqueteó conmigo si es a lo que se refiere.

Nerea se sentía incómoda con aquella mirada penetrante y dura con una amenaza latente en su brillo. Además, ¿había dicho fotos? ¿Qué fotos?

–Voy a serle franco –continuó Salgado mirando de soslayo a su compañero con disgusto–, ese hombre no es solo un empresario, le seguimos desde hace tiempo por desfalco, blanqueo de capitales y pederastia.

Vaya, no estaba mal. Alguien más se había dado cuenta de la mierda tan grande que era aquel tipejo. Se alegró de

saberlo, pero por otro lado no la beneficiaba en nada que la poli estuviera detrás de él. Ahora no era el momento; ella tenía que robarle.

–Menuda pieza –dijo Nerea como si nada–. No lo sabía.

Desde luego él no va contándolo por ahí.

–Solo faltaría –susurró Márquez negando con la cabeza.

–Siento no poder ayudarles. No tengo información para ustedes sobre ese hombre.

Tenía que intentar que se fueran. Quería robarle el dinero antes de que fuese demasiado tarde y como al parecer no iban a por ella, aunque aquel morenazo la mirase como si fuera una asesina en serie, deseaba seguir con su plan.

– ¿A qué se dedica?

Márquez no la miraba a los ojos aunque fuese quien había preguntado. Observaba lo que le rodeaba como si no pudiera creer que ella tuviese todo aquello.

–Soy marchante y coleccionista de arte –medio mintió.

No era cierto del todo, esa no era su dedicación real, pero tampoco era mentira, era su tapadera y su negocio para encubrir el dinero que llegaba a su cuenta desde las Caimán y mantener aquel tren de vida. La galería existía, tenía gente trabajando allí y adquiriría obras que después vendía por un valor descomunal. Todo era legal.

–Ya veo –susurró mirándola fijamente–. ¿Tiene previsto volver a ver al señor Almeida?

¿Era tonto o se lo hacía? ¿No le acababa de decir que no? Nerea mantuvo la mirada unos segundos sopesando la respuesta real.

– ¿Qué quiere de mí, inspector Márquez? Le acabo de decir que no tengo ningún contacto con ese hombre.

–Señorita García –intervino Salgado otra vez, poniendo la mano sobre el brazo de su compañero–, pensamos que

Almeida está interesado en adquirir obras de arte y puesto que usted le conoce, quizá pueda ayudarnos.

–No sé cómo.

Aquello no le gustaba nada, no podía colaborar con la policía teniendo que arruinar a un par más de aquellos indeseables y lo peor... ¿Por qué ella? ¿Por qué le pedían ayuda?

–Hemos intentado de todas las maneras humanamente posibles acercarnos a él y su entorno, pero ha sido inviable. Necesitamos pruebas de alguno de los cargos que hemos explicado antes para poder echarle el guante y bueno... aunque sabemos que ha estado detenida varias veces por robo a gran escala y liberada sin cargos –aclaró con rapidez–, pensamos que quizás, si usted le vende alguna obra e intenta hacer el pago de forma ilegal, podamos entrar en su casa, revisar sus pertenencias y su datos personales para ver si son ciertas nuestras sospechas.

Nerea no se puso blanca porque su color de piel no lo permitía, pero estuvo a punto. ¿Qué decía aquel agente?

¡Imposible! ¡Estaban locos!

– ¿Y qué le hace pensar que quiero arriesgar mi vida de esa forma? –les interrogó–. Porque la pondré en peligro de una forma u otra, por muy hijo de puta que sea ese hombre.

Los dos polis se miraron unos segundos entre ellos ante aquellas palabras. Era una duda que Nerea tenía fervientes ganas de aclarar. Esperó paciente.

–Sabemos que ha dedicado parte de su vida a ser hacker.

Es uno de los cargos que sí son ciertos, ¿verdad?

Miró al policía rubio con cara de ángel y corazón de demonio. Era el único cargo que no podía hacer desaparecer porque realmente no existía para el resto del mundo.